

La cosmovisión del trabajador social como parte de la institucionalidad

Luis Antonio Serrano Guerra*

María Luisa Sánchez Morelos**

Patricia Martínez Fernández***

Sara Valdez****

Ma. Teresa de la Mora Melo *****

El lenguaje proporciona la superposición fundamental de la lógica al mundo social objetivado. Sobre el lenguaje se construye el edificio de la legitimación, utilizándolo como instrumento principal. La “lógica” que así se atribuye al orden institucional es parte del acopio de conocimiento socialmente disponible y que, como tal, se da por establecido (Berger y Luckmann, 2006: 85).

* Profesor e investigador, titular A, adscrito al Departamento de Trabajo Social, de la Universidad de Guadalajara, y egresado de la Universidad de Saint Climent Ohridski, Sofía, Bulgaria. sega4507@hotmail.com

** Maestra en trabajo social por la Universidad de Guadalajara, profesora de tiempo completo en el CUCSH.

*** Maestra en desarrollo social por la Universidad de Guadalajara.

**** Maestra en investigación educativa por la Secretaría de Educación Jalisco.

***** Doctora en ciencias del desarrollo humano por la UNIVA. Profesora investigadora titular “C” en la Universidad de Guadalajara.

[Sólo dos cosas puede haber --- a mi juicio --- que sean necesarias para estar siempre dispuestos a juzgar bien; una es el conocimiento de la verdad, y otra el hábito que hace que se recuerde y se dé aquiescencia a ese conocimiento siempre que la ocasión lo requiera; pero puesto que sólo Dios sabe perfectamente todas las cosas, es necesario que nos contentemos con saber las que están más en nuestro uso; entre las cuales la primera y principal es que hay un Dios de quien dependen todas las cosas, cuyas perfecciones son infinitas, cuyo poder es inmenso y cuyos decretos son infalibles; porque esto nos enseña a admitir de buen grado todo lo que llega a nosotros como expresamente enviado por Dios. Y puesto que el verdadero objeto del amor es la perfección cuando elevamos nuestro espíritu a considerarle tal como es, nos encontramos naturalmente tan inclinados a amarle, que llegamos hasta sacar de nuestras aflicciones alegría pensando que su voluntad se ejerce en lo que nosotros recibimos.]

René Descartes

Introducción

El ser humano es el único en este plano que necesita y crea sus propias instituciones que sirven para regularlo, normarlo y “protegerlo”, es algo peculiar del hombre que vive en grupos, y a diferencia de otros mamíferos, que viven de igual forma, éste sobresale por su razón y organización.

De hecho, toda actividad humana puede estar sujeta a actos repetitivos que con frecuencia crean pautas, y que posteriormente pueden reproducirse como procesos operativos, siendo éstos aprehendidos como un patrón por el que la ejecuta. Desde el punto de vista empírico, podríamos ver la parte más importante de la habituación de la actividad humana y cómo a la par de ésta se va desarrollando este proceso que culminará en la institucionalidad de la organización. De ahí que nos preguntemos: ¿cómo es que surge la institución? Al respecto Berger y Luckmann señalan que:

La institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. Dicho en otra forma, toda tipificación de esa clase es una institución¹ (cf. Tenbruck, 1962; Popitz, s/a). Lo que hay que destacar es la reciprocidad de las tipificaciones institucionales y la tipicalidad no sólo de las acciones sino también de los actores en las instituciones. Las tipificaciones de las acciones habitualizadas que constituyen las instituciones, siempre se comparten, son accesibles a todos los integrantes de un determinado grupo social,

1. Nos damos cuenta de que este concepto de institución es más amplio que el que prevalece en la Sociología contemporánea. Pensamos que este concepto más amplio resulta útil para un análisis comprensivo de los procesos sociales básicos. Sobre control social, cf. Friedrich Tenbruck, (1962) “Soziale Kontrolle”, en *Staatslexikon der Goerres-Gesellschaft* y Heinrich Popitz, “Soziale Normen”, en *European Journal of Sociology*.

y la institución misma tipifica tanto a los actores individuales como a las acciones individuales. (2006: 74).

La acción individual puede convertirse en institución social, siempre y cuando ésta se reproduzca con reciprocidad entre los actores, mismos que van conformando acciones habitualizadas como las llaman Berger y Luckmann (2006), en *La construcción social de la realidad*.

Estas acciones individuales surgen a partir del imaginario que se desarrolla con ideas concretas y maduras, las cuales logran materializarse a partir de la acción, y a su vez estos actos van creando un antecedente que se refuerza con la aceptación de la comunidad y posteriormente se convierten en leyes; consideramos al imaginario como parte fundamental del subconsciente individual y social, puesto que la idea es implantada de una persona a otra, quienes, una vez de acuerdo, luchan por ese ideal, llámese idea mítica o social.

La historia de Florence Nightingale es el ejemplo real más cercano de este proceso de institucionalidad. Florence Nightingale, una de las mujeres más reconocidas en el ámbito de la salud, se enfrentó a su padre y a las costumbres de la época para crear algo nuevo a partir de una idea que fue desarrollando hasta instituirse como algo aceptado por la sociedad; los méritos de ella son muchos, sin embargo, el más importante ha sido minimizado: el de profesionalizar la enfermería a través de la educación, puesto que estableció una institución y gracias a ella se consolidó y generalizó la formación de enfermeras, dando origen a una nueva profesión para la mujer.

Se podría decir que no sólo crea los cimientos de esta nueva institución, sino que sienta las bases para que posteriormente se desarrolle el trabajo social, pues las actitudes que destacaron en ella

como reformadora, estadista, administradora e investigadora aún son consideradas en los programas de estudio de la carrera de trabajo social. Sin embargo, lo interesante es que Florence Nightingale, sin proponérselo, creó una nueva institución y provocó que en su tiempo germinara una nueva semilla de la educación.

Podemos entender entonces, que el umbral que traspone toda creación, surge a partir del imaginario representado a través de sueños, ensoñaciones o estados de meditación, en donde el silencio es la atmósfera adecuada para que el espíritu se manifieste, por ello, atestigua Attewell², que a los 17 años edad, ella menciona lo siguiente:

A los 17 años, Florence, según recoge en unos apuntes personales, tuvo una experiencia mística: sintió su “vocación”, una experiencia decisiva que fortaleció su convicción de que no estaba hecha para una vida ordinaria. Entre los 20 y los 30 años, hubo recurrentes conflictos con sus padres que proyectaban el matrimonio para ella, pero logró mantener tenazmente su independencia. No era fácil encontrar una esfera de actividad que permitiera a Florence Nightingale encauzar su talento y sus aptitudes. A los 30 años recordaba su frustración: “Siendo ya adulta, lo que más anhelaba era seguir una educación universitaria, adquirir conocimientos; pero aquello fue provisional” (1998: 174).

2. Alex Attewell (Reino Unido). Tras ocupar el cargo de conservador adjunto de un museo de historia de los hospitales del oeste de Inglaterra, en 1989 comenzó a trabajar en el museo Florence Nightingale de Londres. En 1993 fue elegido miembro de la Asociación de Museos y en 1994 fue nombrado director del museo Florence Nightingale. Pronuncia frecuentemente conferencias, participa en programas de radio y organiza exposiciones temporales en el área de su especialización. Correo electrónico: a.attewel@florence-nightingale.co.uk

Una de las búsquedas del inconsciente del ser humano es la necesidad de obtener el conocimiento que nos abre las puertas a varias dimensiones; acorde a esta proposición, Berger y Luckmann señalan que el hombre de la calle ve diferentes planos de la realidad, mientras que los científicos y filósofos tratan de encontrar una respuesta profunda, contundente, abarcadora y no parcial, tal como lo hizo Florence Nightingale; no obstante el hombre es complejo, siempre ve la realidad de acuerdo a sus intereses y lo determina el contexto histórico y económico.

La sociología del conocimiento como marco teórico

La tesis de Berger y Luckmann analiza la construcción de la realidad, en tanto que la sociología del conocimiento examina los procesos en que se construye la realidad y las sociedades no siempre perciben que con sus prácticas van construyendo instituciones.

Para el desarrollo de nuestro trabajo nos basamos en la Sociología del Conocimiento, tesis que defienden Berger y Luckmann, y en la que mencionan que los dos términos fundamentales son la “realidad” y el “conocimiento”, considerando que no sólo se usan en un lenguaje cotidiano, sino que a lo largo de la historia se ha indagado desde el punto de vista filosófico en estas dos palabras. Para estos autores basta con definir la “realidad” como:

Una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición (no podemos “hacerlos desaparecer”) y definir el “conocimiento” como la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas. En este sentido (re-

INVESTIGACIÓN

conocidamente simplista) dichos términos tienen relevancia tanto para el hombre de la calle como para el filósofo. El hombre de la calle vive en un mundo que para él es “real”, aunque en grados diferentes, y “sabe”, con diferentes grados de certeza, que este mundo posee tales o cuales características. El filósofo, por supuesto, planteará interrogantes acerca del carácter último de esa “realidad” y ese “conocimiento”: ¿Qué es lo real? ¿Cómo conocerlo? Éstos figuran entre las más antiguas interrogantes no sólo de la indagación filosófica propiamente dicha, sino también del pensamiento humano como tal. (2006: 11).

Es interesante cómo los autores no sólo consideran lo que el filósofo piensa, sino que para ellos es importante lo que el hombre de la calle piensa de esas realidades; el interés sociológico en materia de “realidad” y “conocimiento” se justifica inicialmente por el hecho de cómo el hombre vive esa relatividad social. Otra área o disciplina que da luz a esta realidad es el lenguaje, que apoyado en la semiótica se estudia cómo ve el hombre su realidad a través de diferentes lentes: por ejemplo, un hombre de la India le da un significado a una vaca, mientras que para el hombre occidental tiene otro significado; para uno es un ser sagrado; para otro, un animal que le da ciertos beneficios económicos. Los autores dan un ejemplo similar: “lo que es “real” para un monje del Tíbet puede no ser “real” para un hombre de negocios norteamericano” (*ibidem*: 13). En este punto mencionan que:

La necesidad de una “Sociología del Conocimiento” está dada por las diferencias observables entre sociedades, en razón de lo que en ellas se da por establecido como “conocimiento”. Además de esto, sin embargo, una disciplina digna de ese nombre deberá ocuparse de los modos generales por los cuales las “realidades” se dan por “conocidas” en las sociedades humanas. En otras palabras, una “sociología del conocimiento” deberá tratar no sólo

las variaciones empíricas del “conocimiento” en las sociedades humanas, sino también los procesos por los que cualquier cuerpo de “conocimiento” llega a quedar establecido socialmente como “realidad” (idem).

De esta forma, tanto para Berger como para Luckmann (2006), la “sociología del conocimiento” deberá ocuparse de todo lo que una sociedad considera como entendimiento, sin detenerse en la validez o no de este discernimiento. Ellos estudian los conceptos que han entendido los diversos autores en relación al término de realidad y conocimiento; hay una gran cantidad de información de cómo las diferentes disciplinas estudian el conocimiento y la realidad; mas no profundizaremos en este punto, ya que son muchos autores y diferentes corrientes, aunque es importante destacar la figura de Max Scheler³ (1960), quien en 1920 acuñó la expresión de “sociología del conocimiento” (*Wissenssoziologie*).

Los autores confirman y sostienen que la sociología del conocimiento se ocupa del análisis de la construcción social de la realidad, y por ende del surgimiento de las instituciones que son parte de ese imaginario. El concepto de imaginario social lo retomamos de la idea del filósofo griego Cornelius Castoriadis, el cual es habitualmente considerado por las ciencias sociales para designar las representaciones sociales, que son materializadas a través de sus instituciones. Por ejemplo, Olivier Fressard, comenta:

3. Max Scheler, *Die Wissensformen und die Gesellschaft* (Berna, Francke, 1960). Este volumen de ensayos, publicado por primera vez en 1925, contiene la formulación básica de la sociología del conocimiento en un ensayo titulado “*Probleme einer Soziologie des Wissens*”, que originalmente había sido publicado un año antes.

INVESTIGACIÓN

“El imaginario social” es una expresión forjada por Cornelius Castoriadis, con la que frecuentemente hoy algunos investigadores sociales o periodistas sustituyen términos como “mentalidad”, “conciencia colectiva” o “ideología” como forma de designar las “representaciones sociales”. – Pero, ¿a qué se refiere con este término el filósofo?– Se trata, nada más ni nada menos, de conseguir una nueva inteligibilidad sobre la naturaleza de los fenómenos sociales e históricos. –De esta forma– el imaginario social viene a caracterizar las sociedades humanas como creación ontológica de un modo de ser sui generis, absolutamente irreducible al de otros entes. Designa, también, al mundo singular una y otra vez creado por una sociedad como su mundo propio. El imaginario social es un “magma de significaciones imaginarias sociales” encarnadas en instituciones. Como tal, regula el decir y orienta la acción de los miembros de esa sociedad, en la que determina tanto las maneras de sentir y desear como las maneras de pensar. En definitiva, ese mundo es esencialmente histórico. En efecto, toda sociedad contiene en sí misma una potencia de alteridad. Siempre existe según un doble modo: el modo de “lo instituido”, estabilización relativa de un conjunto de instituciones, y el modo de “lo instituyente”, la dinámica que impulsa su transformación. Por eso resulta conveniente hablar de lo “social-histórico” (2005: 10).

El imaginario social se puede observar como mentalidad desde la psicología, cosmovisión desde los mitos, conciencia colectiva desde el marxismo o ideología, pero en el caso de Castoriadis, el concepto tiende más hacia el materialismo, ya que se utiliza para relativar la influencia que se manifiesta en la vida social.

Para el mismo Castoriadis, las causas de cómo surgen o se crean las instituciones sociales son difíciles de explicar al 100%, ya que cada sociedad cuenta con necesidades propias y estas van del imaginario de ritos (religioso), hasta lo organizacional (política). Mientras que para Luckman y Berger el núcleo de una institución surge:

Cuando A y B interactúen, como quiera que lo hagan, se producirán tipificaciones con suma rapidez, A observará actuar a B. Atribuirá motivos a los actos de B y, viendo que se repiten, tipificará los motivos como recurrentes. Mientras B siga actuando, A pronto estará en condiciones de decirse: "Ajá, ya vuelve a empezar". Al mismo tiempo, A podrá suponer que B está haciendo lo mismo con respecto a él. Desde un principio, tanto A como B supondrán esta reciprocidad en la tipificación. En el curso de su interacción, estas tipificaciones se expresarán en pautas específicas de comportamiento; o sea, que A y B empezarán a desempeñar "roles" vis à vis uno del otro, lo que ocurrirá aun cuando cada uno siga ejecutando actos diferentes de los del otro. La posibilidad de asumir el "rol" del otro surgirá con respecto a las mismas acciones realizadas por ambos. Vale decir que A se apropiará interiormente de los "roles" reiterados de B y los tomará como modelo para el desempeño de los suyos propios. Por ejemplo, el "rol" de B en la actividad de preparar alimentos no sólo está tipificado en cuanto tal por A, sino que también interviene como elemento constitutivo de su propio "rol" en la misma actividad. De esta manera, surgirá una colección de acciones tipificadas recíprocamente, que cada uno habitualizará en papeles o "roles", algunos de los cuales se desempeñarán separadamente y otros en común. Si esta tipificación recíproca todavía no llega a ser una institucionalización (puesto que al hablar sólo dos individuos no hay posibilidad de una tipología de los actuantes), es evidente que la institucionalización ya está presente in núcleo (2006: 76 y 77).

En esos mismos roles se dan relaciones que afectan al cambio social o metafóricamente al de la muerte de una institución, para dar paso al nacimiento de otra, se debe a que el imaginario social está en continuo movimiento, y precisamente es a través de éste que se da una discontinuidad que no es fácil de explicar en términos de causa y efecto, ya que estaríamos hablando de una teoría mecanicista y el hombre es más

complejo, ya que en una empresa determinada, no sólo se observa el aspecto material, sino que se ve lo esencial o espiritual.

Y como toda institución surge a partir del imaginario, entendiendo éste como una idea o forma de ver su realidad; entonces nos preguntamos: ¿hasta qué punto el problema general consiste en establecer al pensamiento como reflejo de esos factores determinantes y propuestos o independientes de ellos? En este aspecto, tanto Berger como Luckmann, mencionan que:

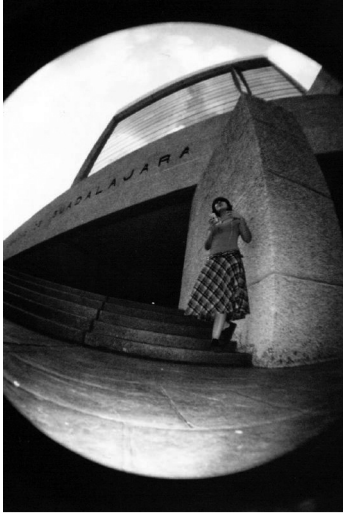
La sociología del conocimiento derivó de Marx su proposición básica, a saber, que la conciencia del hombre está determinada por su ser social (1953). Naturalmente se ha discutido mucho sobre la clase de determinación que Marx tenía en mente... Sea como fuere, la sociología del conocimiento heredó de Marx no sólo la agudísima formulación de su problema central, sino también algunos de sus conceptos clave, entre los que habría que mencionar, en particular, los de “ideología” (ideas que sirven como arma para intereses sociales) y “falsa conciencia” (pensamiento alejado del verdadero ser social del que piensa), –pero en particular– la sociología del conocimiento se ha sentido seducida por un par de conceptos formulados por Marx, los de “infraestructura/superestructura” (2006: 16 y 17).

El imaginario social representado desde el punto de vista de Marx, a través de una infraestructura, entendiendo a ésta como una actividad humana, mientras que la superestructura sería el mundo producido por esa actividad. En relación a la falsa conciencia, hay toda una serie de escritos del filósofo Nietzsche, quien desarrolló su propia teoría de la “falsa conciencia”, en la que utilizó el significado social del engaño y el autoengaño, entre otros, pero lo más relevante es cómo el ser humano necesita la ilusión como parte de su vida.

Otro concepto importante para Nietzsche, y que fue adoptado por Scheler, fue el de “resentimiento”, pero en realidad hay toda una larga fila de nombres que van desde lo filosófico a lo sociológico, psicológico, lingüístico, etc., por ende, Berger y Luckmann comentan que:

El fin primordial del estudio no es determinar y presentar en forma sucinta lo que estos escritores dijeron o pensaron sobre los temas de que se ocuparon. Tampoco es indagar directamente con respecto a cada proposición de sus “teorías”, sobre si lo que afirmaron es valedero a la luz del conocimiento actual, sociológico y relacionado... es un estudio de teoría social, no de teorías. Su interés no se centra en las proposiciones aisladas y distintas que puedan hallarse en las obras de esos pensadores, sino en un solo cuerpo de razonamiento teórico sistemático. (ibidem: 32 y Parsons, 1949:5).

Nombrar y mencionar cada una de esas teorías sería tarea interminable y realmente no es la finalidad del presente ensayo, sino para nosotros lo más importante es entender la teoría social del conocimiento desde la sencilla práctica de cómo el ser humano desarrolla y lleva a cabo una tarea o idea, que posteriormente se convierte en Institución, por lo que podríamos concluir este pequeño apartado, diciendo que nuestro enfoque es realmente el de aplicar un “razonamiento teórico sistemático”, en la conformación de un hábito, costumbre o tradición, que posteriormente se institucionaliza, como es el caso del Trabajo Social.



La esencia del trabajo social como institución

Como institución, el trabajo social surge a partir de las acciones emprendidas por las pioneras de esta disciplina; desde luego que en épocas distintas y con distintas personas, por ejemplo: Mary Richmond y Jane Adams en Estados Unidos; Carmen Rivera de Alvarado, Dorothy D. Bourne y Beatriz Lasalle en Puerto Rico; la doctora Irene Robledo García, la abogada Simona López de Brambila, la profesora María C. Villanueva, la doctora Alicia Vázquez de Romero y el doctor Héctor García Álvarez en Guadalajara, México; sólo por mencionar algunos personajes y lugares.

El origen y desarrollo de la profesión del trabajo social se remonta a la Inglaterra del siglo XVII, donde se sientan las bases de bienestar social que luego culminan en la creación de servicio social; es decir, en las sociedades se crearon centros comunitarios en donde se realizaban labores educativas y de prevención primaria, pero no fue hasta principios del siglo XX cuando se profesionalizó el trabajo social y comenzaron a surgir las instituciones de trabajo social. En cada país se le dieron diversos matices, pero la esencia –como lo mencionamos–, es la misma.

En Guadalajara el origen de la carrera de trabajo social como institución surge en 1948, cuando inician las primeras gestiones en la Universidad de Guadalajara. La primera generación de esta carrera fue la que comenzó con la Asociación Cristiana Femenina en 1948, pero no se obtuvo el reconocimiento por la Universidad de Guada-

lajara; se continuó luchando para obtener el reconocimiento, y fue hasta 1952 cuando el rector Jorge Matute llama a la doctora Irene Robledo para continuar el trámite, y un año más tarde –en 1953– se funda oficialmente la profesión de Trabajo Social como institución reconocida por la misma Universidad.

Por supuesto que es a la doctora Irene Robledo la primera persona a quien se le reconoce como fundadora de la carrera y es en quien recae la formación de los que serían sus discípulos y maestros formadores de las nuevas generaciones en el trabajo social. La acción de la doctora se concentró no sólo en el ámbito educativo, sino también en la política, la organización, la administración y por supuesto la educación.

De esta manera, el trabajo social se ha convertido en un área de estudio compleja, ya que en ella se encierran conceptos filosóficos e ideales que en un principio surgieron de lo religioso, el socialismo, la democracia, el funcionalismo y ahora muchas escuelas se sustentan en el humanismo.

Existen diferencias coyunturales y políticas en la forma en cómo se concibió por primera vez la institución del trabajo social, aun cuando las cosmovisiones de cada uno de los precursores pudieron haber sido distintas, de alguna u otra manera, concuerdan en un mismo objetivo, que fue y sigue siendo ayudar al prójimo. Aquí podríamos decir que la esencia o lo sustantivo del trabajador social se aplica de forma universal y va encaminada a resolver aquellas necesidades humanas que surgen de la interrelación personal y social, buscando desarrollar el potencial humano para una mejor convivencia y progreso social.

Efectivamente que todo lo anterior surge del imaginario de quienes fueron los fundadores de esta institución tal como se le conoce ahora, sin embargo existieron uno o varios principios que fueron aceptados por la sociedad, ya que la misma, de alguna u otra manera, se reconocía a través de esos mismos valores y la ética profesional de quienes desarrollaron esas acciones que hicieron posible y materializaron la idea del trabajo social, tal vez de forma rústica, pero para ellos esa tarea no fue nada fácil, ya que tuvieron que luchar en contra de costumbres de la época.

Lo que lograron los pioneros del trabajo social fue que gracias a la libertad que tuvieron para el proyecto emprendido pudieron obtener lo que deseaban, que era la creación institucional para ayudar a las comunidades, que se transformó posteriormente en trabajo social.

Muchas instituciones nacen en la libertad, pero poco a poco van creando reglamentos, leyes y formas de control de las que, posteriormente, el hombre se convierte en esclavo de sus propias ideas, por ello, éstas deben ser conscientes y tener un objetivo claro y preciso.

Toda institución pública y privada debe caminar hacia una misma finalidad: la del crecimiento y desarrollo social, basándose en valores que sean respetados, ya que al problematizar cualquier tema de cómo esos valores se construyen histórica y relativamente, se asume una responsabilidad social.

Las instituciones de educación superior no son la excepción, al contrario, el compromiso que conllevan es mayor, ya que los estudiantes serán los futuros ciudadanos que conformarán la sociedad de acuerdo a los valores que se les han transmitido y de los cuales han hecho conciencia al deber y responsabilidad ante la humanidad.

Vivimos en sociedades que sobrevalorizan la apropiación y la riqueza, la apariencia y el éxito, que usan el conocimiento como poder, tema tan caro a Foucault. No se está dispuesto a renunciar al poder, de ahí que se empleen todos los medios para mantener influencias y privilegios que ese poder otorga. Más que significar la ciencia y la tecnología como medios de bienestar humano, las consideramos como instrumentos que nos permiten dominar y controlar la naturaleza en función de la riqueza ilimitada que esas posibilidades parecen ofrecer (Berger y Luckmann 2006: 186).

Una de nuestras hipótesis podría ser afirmar que la institución surge del imaginario del ser humano, pero sólo se lleva a cabo en la medida que la acción se convierte en un hábito y es aceptado por más de un miembro.

Si partimos desde el punto de vista del materialismo histórico en donde se afirma que los hombres son producto de una sociedad, entonces podríamos determinar lo contrario, la sociedad es producto del hombre, porque ellos la construyen a partir de sus imaginarios. Pero creo que si afirmamos que la sociedad determina al ser, entonces estamos insinuando que hay un determinismo. Sin embargo hay otros estudiosos que mencionan que el ser humano tiene desde su nacimiento un instinto natural para diferenciar lo que es bueno y lo que es malo; un animal no nace violento, sólo tiene un instinto de sobrevivencia, mata para alimentarse o para defenderse. El hombre, sin embargo, tiene genes que lo identifican con sus progenitores, aunque puede irse moldeando de acuerdo a su actitud, que va cambiando acorde a su experiencia, vivencias, hábitos y costumbres.

Todo lo anterior va tomando sentido en relación a la institución que idearon, imaginaron o incluso hasta soñaron los precursores del trabajo social como institución, claro que posiblemente algunas acciones de ellos tal vez no eran tan conscientes en su origen, como Florence que escribió en sus notas, que tuvo una experiencia “mística”, a la cual le dio un significado de posibilidades que se le ofreció al obtener el conocimiento y el poder, de ahí que ella pudo hacer valer o anteponer sus valores. El trabajador social se enfrenta a diversos ámbitos en donde pone a prueba su capacidad de aplicar la ética profesional en la ciencia y en la tecnología, para el bien común de la sociedad.

De hecho el trabajador social tiene la capacidad humana de reflexionar, los hombres podemos desarrollar acciones estratégicas, basadas en la predicción del efecto que producen en los demás, y ser responsables, lo que equivale a actuar con la conciencia de que se asumen las consecuencias de nuestras acciones.

La institucionalidad se alimenta o vive gracias a los sujetos que le dieron vida y que le siguen inyectando valores, que son por supuesto flexibles y modificables, aunque algunos se vienen conservando y se dispersan con los actuales, precisamente una de las formas para detectar lo que hace tanto al trabajador social como a la institución son estos valores.

Conclusión

La habituación o lo que llamamos actos repetitivos, se le reconoce en función de tipificaciones, en otras palabras, nos reflejamos en el otro, a partir de lo que veo y siento, yo me reconozco e identifico a partir del horizonte del otro, y es así como a partir de cada uno de nuestros actos, aceptados o no, es como nos vamos conformando; en este devenir de los imaginarios y las acciones, los sujetos nos vamos construyendo, de acuerdo a la percepción e interacción, nosotros mismos nos asombramos de los actos y pensamientos de los demás.

En otras palabras, podríamos decir que los individuos le dan significado a lo habitual, o sea, que ellos van construyendo un trasfondo en el sentido ya mencionado, que de alguna u otra manera les servirá para estabilizar sus acciones separadas y su interacción. En consecuencia se genera una rutina y por conclusión una construcción de la división del trabajo entre los seres humanos, creando y abriendo nuevas vías de innovación. Como lo mencionan Luckmann y Berger: “La división del trabajo y las innovaciones llevarán a nuevas habituaciones, ampliando más el trasfondo común a ambos individuos. En otras palabras, estará en vía de construcción un mundo social que contendrá en su interior las raíces de un orden institucional en expansión” (2006: 77). La duda es, cómo es que todo esto se altera en el proceso de transmisión en las nuevas generaciones, para ellos:

La objetividad del mundo institucional “se espesa” y “se endurece”, no sólo para los hijos, sino (por efecto reflejo) también para los padres. El

“Ya volvemos a empezar” se transforma en “Así se hacen estas cosas”. Un mundo visto de este modo logra firmeza en la conciencia; se vuelve real de una manera aún más masiva y ya no puede cambiarse tan fácilmente. Para los hijos, especialmente en la primera fase de su socialización, se convierte en el mundo; para los padres, pierde su carácter caprichoso y se vuelve “serio”. Para los hijos, el mundo que le han transmitido sus padres no resulta transparente del todo; puesto que no participaron en su formación, se les aparece como una realidad dada que, al igual que la naturaleza, es opaca al menos en algunas partes (ibidem: 79).

Después de este pensamiento, es interesante hablar en cierta manera, de un mundo social en el sentido de una realidad que el sujeto la ve amplia y en la cual se enfrenta de forma análoga a la realidad del mundo natural. Los hombres podemos transmitir aquello que objetivamos y que nos puede proporcionar un valor, de ahí que eso es precisamente lo que se va transmitiendo de generación en generación, lo que Mircea Eliade llama el “eterno retorno”, determinado —por supuesto— por la época, el tiempos y el espacio dado.

Bibliografía

- ANDERSON, B. (1983), *Imagined Communities*, Londres, Editions and NLB.
- ARGYLE, M. y TROWER, P. (1980), *Tú y los demás, formas de comunicación*, México, D.F., Psicología y tú.
- ATTEWELL, A. (1998), *Florence Nightingale (1820 – 1910)*. El texto se publicó originalmente en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* (París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXVIII, no 1, marzo, págs. 173 – 189.

- AUGÉ, M. (1998), *La guerra de los sueños*. Madrid, Gedisa.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (2006), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- BLANCO, D. y BUENO, R. (1980), *Metodología del análisis semiótico*, Lima, Universidad de Lima.
- BRECHT, B. (1984), *El compromiso en literatura y arte*, Madrid, Península, Historia / Ciencia / Sociedad 102.
- BUNG, M. (1981), *Teoría y realidad*, Barcelona, España, Ariel.
- CHALMERS, A. L. (1986), *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, Siglo XXI (original publicado en inglés, 1976).
- COURTÉS, J. (1997), *Análisis semiótico del discurso, del enunciado a la enunciación, versión española de Enrique Ballón Aguirre*, Madrid, Gredos.
- DUCROT, O. y TODOROV, T. (1972), *Dictionnaire Encyclopedique des Sciences du Langage*, París, Seuil.
- ELIADE, M. (1996), *Le mythe de l'éternel retour*, Bruxelles, Gallimard.
- FRESSARD, O. (2005), "El imaginario social o la potencia de inventar de los pueblos." *Revista Transversales*, 2, Friedman, A. (1966) *The turn of the novel*, Nueva York, N.Y. Oxford University Press.
- FROMM, E. (1966), *Marx y su concepto del hombre*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1999), *La globalización imaginada*, México, D.F. Paidós.
- GUIRAUD, P. (1966), *La semiología*, México, D.F., Siglo XXI.
- GREIMAS, J. A. (1999), *El análisis estructural*, México, D.F., Coyoacán Fontanamara.
- (1971), *Sémantique structurale*, Madrid, Gredos.

INVESTIGACIÓN

- KISNERMAN, N. (1998), *Pensar el trabajo social: una introducción desde el constructivismo*, Buenos Aires, Lumen.
- MARX, K. (1953), *Die Frühschriften*, Stuttgart, Kroner.
- (1953), *Manuscritos económicos y filosóficos*, Frankfurt, Instituto de Investigación Social.
- MAUROIS, A. (1999), *Un arte de vivir*, México, D. F., Tomo.
- POPITZ, H. (1962), “Soziale Normen” *European Journal of Sociology*.
- RICOEUR, P. (1995), *Tiempo y narración I, configuración del tiempo en el relato histórico*. México, D.F. Siglo XXI.
- SCHELER, M. (1960), *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, Berna, Francke.
- (1925), *Probleme einer Soziologie des Wissens*
- TALCOTT, P. (1949), *The Structure of Social Action*, Chicago, Free Press.
- TENBRUCK, F. (1962), *Soziale Kontrolle*, Staatslexikon der Goerres-Gesellschaft.
- WILLER, D. (1969), *La sociología científica. Teoría y métodos*, Buenos Aires, Amorrortu.